

# SINCERIDAD

1. Sinceridad con Dios.
2. Sinceridad en la Confesión.
3. Sinceridad con uno mismo.
4. Sinceridad con los demás, especialmente con quienes representan a Dios.
5. La sinceridad se opone a todo tipo de hipocresía.
6. Sinceridad y sencillez.

\* \* \*

## 1. Sinceridad con Dios

Toda santidad fingida está muerta; porque no obra impulsada por Dios, y más bien no debiera llamarse santidad; así como un hombre muerto no es hombre, así como los farsantes que fingen y simulan las personas de otros, no son las personas que imitan. (ORIGENES, en Catena Aurea, vol. III, p. 129).

(Y vino a El un leproso que, rogándole de rodillas, le decía: Si quieres, puedes limpiarme). Aquel hombre se arrodilla postrándose en tierra -lo que es señal de humildad y de vergüenza que cada uno se avergüence de las manchas de su vida. Pero la vergüenza no ha de impedir la confesión: el leproso mostró la llaga y pidió el remedio. Su confesión está llena de piedad y de fe. Si quieres, dice, puedes: reconoció que el poder curarse estaba en manos del Señor. (SAN BEDA, Coment. Evang. S. Marcos).

Así como en los teatros, cuando todo se acaba, y los que representan se retiran y se desnudan el traje, los que antes parecían reyes o pretores aparecen ahora tal y como son con todas sus miserias, así, cuando viene la muerte y concluye el espectáculo de esta vida, depuestos de los disfraces de la riqueza y de la pobreza, sólo por las obras se juzga quiénes son verdaderamente ricos y quiénes pobres, quiénes dignos y quiénes indignos de gloria. (S. JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 249).

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, que por dentro están llenos de rapiña y codicia! Si el Señor detesta la suciedad de los cuerpos y de los vasos que por necesidad tienen que mancharse con el mismo uso, ¿cuánto más las inmundicias de la conciencia, que si queremos podemos conservar siempre limpia? (S. JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. III, p. 126).

## 2. Sinceridad en la Confesión

No te acuses con aquellas fórmulas superfluas que muchos dicen por costumbre: « Yo no he amado a Dios tanto como debía, no he orado con la devoción que debiera, no he amado a mi prójimo como debiera amarle, no he recibido los Santos Sacramentos con la reverencia que es debida», y otras semejantes. La razón es porque diciendo esto no dices nada en particular que pueda manifestar al confesor el estado de tu conciencia, pues cuantos hombres hay en la tierra y cuantos santos están en el Cielo podrían decir lo mismo si confesasen. (S. FRANCISCO DE SALES, Introd. a la vida devota, II, 19).

Has de expresar también si te has detenido largo tiempo en el mal, pues la prolongación del tiempo de ordinario acrecienta mucho la culpa, porque hay gran diferencia entre una vanidad pasajera que haya ocupado el espíritu por espacio de un cuarto de hora, y otra en que el corazón se mantuvo sumergido uno, dos y tres días. En suma: es menester decir el hecho, el motivo y la duración de las culpas; pues aunque por lo común no hay obligación de explicar tan puntualmente los pecados veniales, y en rigor no estamos obligados a confesarlos, con todo, los que quieren purificar bien sus almas para llegar mejor a la devoción santa deben ser muy cuidadosos en manifestar claramente al médico espiritual la enfermedad de que buscan el remedio, por pequeña que sea. (S. FRANCISCO DE SALES, Introd. a la vida devota, II, 19).

Todo pecador, mientras oculta en su conciencia sus culpas, se esconde y encubre en su interior; pero el muerto sale fuera cuando el pecador confiesa espontáneamente sus maldades. A Lázaro se le dijo: Sal fuera, que es lo mismo que si a cualquiera que está muerto en la culpa se le dijera: ¿por qué escondes el resto de tu culpa dentro de tu conciencia? Ya es tiempo de que salgas fuera por medio de la confesión, tú que te escondes en tu interior por medio de la negación. Salga fuera el muerto, esto es, confiese su culpa el pecador. Los discípulos desataron al que salía del sepulcro, para que los pastores de la Iglesia perdonen la pena que mereció el que no se avergonzó de confesar lo que hizo. (S. GREGORIO MAGNO, Hom. 26 sobre los Evang.).

Al confesar los pecados, ¿qué otra cosa hacemos sino descubrir el mal que estaba oculto dentro de nosotros? (S. GREGORIO MAGNO, Hom. 40 sobre los Evang.).

(Algunos van con los pecados disimulándonos y como) coloreando porque no parezcan tan malos, lo cual más es irse a excusar que a acusar. (S. JUAN DE LA CRUZ, Noche oscura, 1, 2, 4).

Si no declaras la magnitud de la culpa, no conocerás la grandeza del perdón. (S. JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre Lázaro, 4, 4).

### 3. Sinceridad con uno mismo

No quisiera que ignoraseis, hermanos míos, de qué modo se baja, o por mejor decir, se cae en estos caminos. El primer escalón es el disimulo de la propia flaqueza, de la propia iniquidad y del propio fracaso, cuando perdonándose el hombre a sí mismo, autoconsolándose, se engaña. El segundo escalón es la ignorancia de sí [...]. ¿Qué más lógico que no ver sus llagas, especialmente si las ha tapado con el fin de no poderlas ver? De esto se sigue que, ulteriormente, aunque se las descubra otro, defienda con tozudez que no son llagas, dejando que su corazón se abandone a palabras engañosas para buscar excusas a sus pecados. (S. BERNARDO, Sermón sobre el Salmo 50).

A la hora del examen ve prevenido contra el demonio mudo. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 236).

Los que tienen buena salud no necesitan del médico, sino los que están enfermos (Mt 9, 12). Si quieres ser curado, reconoce tu enfermedad [...]. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (9, 13). No es que Cristo rechace a los justos, sino que sin él no hay nadie en la tierra que esté sin pecado. No rechaza a los justos, pero aquí abajo sólo ha encontrado pecadores. (S. PEDRO CRISÓLOGO, Sermón 30).

Te había pedido la pureza con estas palabras: Dame pureza y castidad, pero no la des ahora. Tenía miedo de que me oyeras demasiado pronto, y de que desapareciera la enfermedad de mi sensualidad demasiado temprano; prefería darle un desahogo, en vez de apagarla. (S. AGUSTÍN, Confesiones, 8, 7).

(A veces, por soberbia oculta) decimos que somos la misma miseria y la escoria del mundo; pero quedaríamos hartos burlados si, cogiéndonos la palabra, dijeran en público de nosotros lo mismo que hemos dicho. (S. FRANCISCO DE SALES, Introd. a la vida devota, III, 5).

Son más peligrosos y más difíciles de remediar los vicios que tienen apariencia de virtud y se cubren con la apariencia de cosas espirituales, que los que tienen claramente por fin el placer sensual. A éstos, en efecto, como a las enfermedades que se manifiestan con claridad, puede atacárseles de frente y se les cura al instante. Los otros vicios, en cambio, paliados con el velo de la virtud, permanecen incurables, agravando el estado de los pacientes y haciendo desesperar de su remedio. (CASIANO, Colaciones, 4).

#### **4. Sinceridad con los demás, especialmente con quienes representan a Dios**

(A uno que había vivido la virtud de la sinceridad): Has triunfado hoy sobre tu Adversario. Con tu propia acusación le has confundido mucho más de lo que te había abatido él a ti con tu silencio. La causa de haberte dominado él hasta ahora fue porque ni tu palabra ni la de otro por ti le opuso la menor resistencia. Por eso le dabas la posibilidad de subyugarte [...]. Pero ahora, al denunciar a tu enemigo y sacarle a plaza, has anulado su poder de inquietarte en lo sucesivo. Esta terrible serpiente no podrá encontrar en ti acogida para ocultarse de nuevo en tu pecho, pues por tus palabras la has sacado de las tinieblas de tu corazón poniéndola a la luz del día. (CASIANO, Colaciones, 2).

No permitáis que en vuestra alma anide un foco de podredumbre, aunque sea muy pequeño. Hablad. Cuando el agua corre, es limpia; cuando se estanca, forma un charco lleno de porquería repugnante, y de agua potable pasa a ser un caldo de bichos. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 181).

(Los discípulos de Emaús) habiendo dado a conocer su herida, encuentran la medicina, (TEÓFILO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 532).

No podía presentar por sí mismo su súplica, pues estaba mudo; y a los otros tampoco podía rogarles, pues el demonio había trabado su lengua, y juntamente con su lengua le tenía atada el alma. (S. JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 82).

¿Por qué ese reparo de verte tú mismo y de hacerte ver por tu Director tal como en realidad eres?  
Habrás ganado una gran batalla si pierdes el miedo a darte a conocer. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 65).

Rasgando el velo con que la falsa vergüenza querría cubrirlos, manifestamos a nuestros mayores todos los secretos de nuestra alma. Vayamos con confianza a buscar en ellos el remedio a nuestras heridas y el ejemplo de una vida santa. (CASIANO, Colaciones, 2).

Aparenta ser justo, y no lo prueba, el que coloca su mérito en la alabanza de los hombres. (S. AGUSTÍN, en Catena Aurea, vol. 1, p. 341).

Aunque algunas veces se puede disimular con discreción y prudencia, encubriendo la verdad con algún artificio de palabras, esto no se ha de hacer sino en asunto de importancia, cuando lo pidan claramente la gloria y servicio de Dios; porque fuera de estos casos es arriesgado el artificio, puesto que,

como dice la Sagrada Escritura no habita el Espíritu Santo en el corazón fingido y doble. (S. FRANCISCO DE SALES, Introd. a la vida devota, III, 30).

## **5. La sinceridad se opone a todo tipo de hipocresía**

Debajo de unos vestidos harapientos puede haber mucha jactancia; y esto es más peligroso, pues ocultándose en un manto de piedad, engaña con la apariencia de servir a Dios. (S. AGUSTIN, Sobre el Sermón de la Montaña, 2, 12).

Hay muchos que siendo soberbios se colocan en los últimos sitios, y por el orgullo de su corazón les parece que se sientan a la cabeza de los demás, y también hay muchos humildes que, aun cuando se sientan en los primeros puestos, están convencidos en sus conciencias de que deben ocupar los últimos puestos. (S. JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. III, p. 106>.

¿No ves cuán grande es el pecado de hipocresía? Pues ésta es fruto de la envidia. Porque la envidia es la que principalmente produce en los hombres la doblez, puesto que, sintiendo odio en su interior, manifiestan cierto exterior que revela un tinte o especie de caridad; como los escollos ocultos en el mar, que encubiertos bajo muy poca agua, causan a los incautos un mal imprevisto. (S. BASILIO, Hom. sobre la envidia).

El nombre de hipócrita procede de aquella clase de hombres que entran en los espectáculos con la cara tapada, pintándola de diversos colores con el fin de asemejarse a la persona que fingen ser y de la cual simulan lo exterior [...]. (S. ISIDORO, en Catena Aurea, vol. 1, p. 340).

Es un hipócrita todo aquel que aparenta lo contrario de lo que es. (S. JERÓNIMO, en Catena Aurea, vol. III, p. 72).

(...Echan pesadas cargas...). Tales son también muchos jueces: severos con los que pecan e indulgentes consigo mismos, legisladores intolerables y débiles observantes de las leyes; no quieren observar una vida honesta ni acercarse a ella, y exigen a sus subordinados que la observen con todo rigor. (S. GREGORIO DE NISA, en Catena Aurea, vol. VI, p. 55)

El alma que usa de mentira, doblez y simulación muestra debilidad y vileza. (S. FRANCISCO DE SALES, Introd. a la vida devota, III, 30).

## **6. Sinceridad y sencillez**

En el modo de hablar conviene mirar que no hablemos ni con demasiada blandura, ni con demasiada desenvoltura, ni apresuradamente, ni curiosa y pulidamente, sino con gravedad, con llaneza y sencillez. A este modo pertenece también no ser hombre porfiado y cabezudo y amigo de salir con la suya, porque muchas veces por aquí se pierde la paz de la conciencia y aun la caridad y la paciencia y los, amigos. (FR. LUIS DE GRANADA, Guía de pecadores, P. 448).

No demos a entender que queremos el último lugar sin quererlo verdaderamente, y esta regla la establezco tan general que no admite excepción alguna: sólo añadiré que la cortesía exige algunas veces que ofrezcamos la preferencia a los que ciertamente no la han de tomar, sin que en ella haya doblez de humildad fingida, porque entonces el ofrecer la preferencia es un principio de distinción, y ya que no podemos dársela entera, no es mal hecho que les demos el principio. (S. FRANCISCO DE SALES, Introd. a la vida devota, III, 5).

Deja ese «aire de suficiencia» que aísla de la tuya a las almas que se te acercan. Escucha. Y habla con sencillez: sólo así crecerá en extensión y fecundidad tu trabajo de apóstol. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 958).

Hay algunos, en efecto, a quienes les falta sencillez en las buenas obras que realizan, porque buscan no la retribución espiritual, sino el aplauso de los hombres: Por esto dice con razón uno de los libros sapienciales: ¡Ay del hombre que va por dos caminos! (S. GREGORIO MAGNO, Moralia, 1).

Os recomiendo, sobre todo, la santa simplicidad: veos a vos en vez de ver peligros ajenos. Os parecerá que son ejércitos, cuando no son más que sauces de ramaje tronchado, y mientras anduviéseris mirándolos, podríais dar un traspié. Tengamos el propósito firme y general de servir a Dios de corazón, toda la vida, y con eso no queramos saber sino que hay un mañana, en el que no hemos de pensar. Preocupémonos por obrar bien hoy; el mañana vendrá también a llamarse hoy, y entonces pensaremos en él. Hay que hacer provisión de maná para cada día y nada más; no tengamos la menor duda de que Dios hará caer otro maná al día siguiente, y al otro, y al otro, mientras duren las jornadas de nuestra peregrinación. (S. FRANCISCO DE SALES, Epistolario, fragm. 131, 1.c. 766).